LOS CIPRESES

DEL CEMENTERIO BRITÁNICO

y otros cuentos

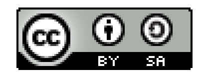
Hugo Enrique Boulocq

LOS CIPRESES

DEL CEMENTERIO

BRITÁNICO

y otros cuentos



PRÓLOGO

Una madrugada me acerqué a la habitación de mi mamá y le pregunté desde el umbral: ¿Má, no es un poco mortuorio (redundante quería decir) el título del libro? Lo que se me había cruzado por la cabeza era el tono lúgubre que podría adquirir, teniendo en cuenta que mi papá había fallecido en enero de 2012.

Dejé pasar unos días (unos cuantos) para volver a tomar estas palabras al inicio, que me valieron: releer el párrafo anterior y el cuento en cuestión. Sinceramente no sé por qué Papá en sus tres publicaciones en vida elegía el cuento que elegía como título de su libro (Enroque en la Ventana, En la Prisión de los Bárbaros, Siempre Llueven Flores en Manantiales). Supongo que porque pensaba que eran los mejores cuentos de cada libro. En este caso no. De esta reunión de cuentos sin publicar de mi Papá, el que más me gusta y el que más me partió el corazón fue “Para qué querés algo tan monstruoso”. El que más me gusta porque es mi Papá al cien por cien, no el escritor, si no mi viejo con sus debilidades y su nostalgia a flor de piel, porque en lo que escribía, como la mayoría de los escritores, algo de lo que dice es real. De ahí empecé a buscar algo, algo en sus cuentos, alguna cosa que encontrar de su infancia, su adolescencia, algo que no conocía o que nunca me contó…

y lo encontré de alguna forma. A partir del cuento mencionado llegué a una búsqueda me dejó a las puertas de “Los Cipreses del Cementerio Británico”, un cuento mágico y melancólico que no termino de entender por su simpleza, y quizá por mi ignorancia. Pero lo que no termino de entender es su realidad, una realidad tan llana y a la vez tan nostálgica de un pasado que se escucha por ahí... Igual que vos, viejo.

Hugo Ignacio Boulocq, Enero de 2013

¡A QUIÉN ESTARÍAS LEYENDO!

A los sesenta y ocho años y con un pasado bien vivido, Fermín Riviera conservaba el porte y la presencia de sus cuarenta. Pero tenía fallas de la memoria y le era difícil recordar a todos sus amigos y a todas sus mujeres, y solía decir que padecía del mal de ausencias: ya no sabía quién vivía o cuál se había muerto. Quizás por eso, esa tarde abrupta de agosto, cuando abrió la puerta de su departamento y vio a la mujer atractiva que entraba como si lo hiciera comúnmente, evitó preguntarle cómo se llamaba y quién era, simplemente la dejó pasar y le siguió la corriente. Mientras ella curioseaba en la enorme biblioteca del pequeño ambiente, él admiró sus curvas y leyó en su cuello los escasos cincuenta que le sentaban como perlas; después, cuando se dirigió al escritorio sumido entre papeles, observó sus manos pequeñas y sus muñecas rebosantes de pulseras. Estaba tratando con una coqueta muy inquiera. Le preguntó si ese año había escrito y él lo tomó como un indicio de que sabía más de su vida que él de la de ella. Comentó que había leído su último libro: -Te volviste voluptuoso y mundano, ¿o debería decir frívolo y viejo verde? Pensó que con esas dos palabras echaba por tierra sus pretensiones de ser más sensual y apasionado que en sus anteriores cuentos. Y remató con un ¡A quién estarías leyendo!

Fermín, callado y sorprendido, arregló una silla y la invitó a sentarse, después le preguntó si bebía alcohol o si prefería un café, pero no obtuvo respuesta; la mujer seguía mirando aquí y allá los cuadros, los adornos, los retratos, sus colecciones de cruces y lapiceras, los pequeños objetos que se mezclaban con libros, revistas y folletos. Parecía que buscaba algo y lo hacía sin disimular, con naturalidad y como si fuera la dueña de algo que él escondiera.

-No te preocupes, cariño, no tengo un nombre que recuerdes -le dijo sin motivo y él sintió cuán desagradable sonaba ese "cariño" usado como muleta. Y agregó: -Nunca estuve en tu agenda, si es que alguna vez tuviste una. Se sorprendió de que ella conociera este desliz de su existencia: pasaba años sin agenda y de golpe, un año cualquiera, se compraba una y le regalaban otras al mismo tiempo.

-¿Pero tendrás un nombre? –quiso saber Fermín, que la tuteó porque ella lo había hecho primero.

-Tengo, pero no creo que te interese –respondió ella con indiferencia. Parecía que jugaba al misterio.

-Es verdad, me interesa más saber por qué viniste a verme –se sinceró Fermín, percibiendo que hasta ese momento había sido muy inocente.

La mujer se sentó y lo miró un rato en silencio. Tenía un semblante armonioso y una mirada intensa; era decididamente bella, pero lejana y altiva como una estrella.

-¡Vení! ¡Tocame! –le ordenó. Él se acercó y estiró la mano hasta llegar a la altura de su pecho, tensó los dedos y cuando llegó al cuerpo lo atravesó de lado a lado como si no existiera. Lo intentó

varias veces hasta que se convenció de que allí, en la silla, no había nada material y concreto. Sin embargo seguía viendo a la mujer sentada que lo miraba y sonreía.

-¿Sos un fantasma? –preguntó con vergüenza, y ella lanzó una carcajada.

-Nunca creíste en fantasmas y ya estás viejo para cambiar tus creencias. Ni siquiera creés en Dios, y mirá que trataron de vendértelo de mil maneras ¿no?

Era verdad, Dios tenía una agencia de publicidad inmensa que le hacía campañas de propaganda intensiva en todo el planeta. Él lo había consumido en distintas etapas de su vida, hasta que lo abandonó definitivamente. Ahora lo sentía de otra manera, ya no era un Dios que estaba a la venta.

-Entonces serás una alucinación –afirmó Fermín sin terminar de convencerse.

-Yo no –dijo la mujer con firmeza. –Y sí que sos un viejo verde, cuando te dije que me tocaras, corriste para hacerlo –soltó otra carcajada y al instante se puso seria: -¡Basta, Fermín Riviera! ¡Ya es hora de que desaparezcas! Sos vos el que está muerto y éste, ahora, es mi departamento. Se lo compré a tus hijos hace poco más de un mes. Como te imaginarás, me lo vendieron como lo dejaste, con todos tus libros y papeles. Según parece, nadie quiso tu herencia.

-¿Y qué buscás entre mis cosas? –fue lo único que atinó a decir ante la revelación brutal. No podía discernir qué lo entristecía más, si saber que estaba muerto o el desapego inclemente de sus hijos.

-Busco una agenda que te pertenezca para llamar a alguno de tus amigos o conocidos. Necesito que alguien se lleve todos estos trastos inútiles. A lo mejor, vos te vas con ellos y me dejas en paz.

-¿Irme?, ¿adónde? –preguntó Fermín asustado-, yo no tengo adonde ir, además sos la única persona que traté en este mes.

La mujer hizo una mueca de fastidio, recogió una sábana que había en el piso y tapó el espejo. Después de acomodar el lienzo alcanzó a oír: “Milan Kundera, eso es lo último que estuve leyendo”

ALLÁ POR EL SUR

"Y era una cosa más de todo lo que habíamos perdido al otro lado de la casa".

Casa tomada. Julio Cortázar

Uno

Allá por el sur, en algún lugar cercano al río, estaba la casa grande con sus pasillos y corredores construidos al descuido, sus enormes piezas cuyo número nunca fue preciso, y sus altillos y cuartos inútiles donde se apolillaban los trastos viejos de las cinco hermanas que la habitaban desde que el sur existe. Un enorme balcón de hierro forjado recorría su frente como una mueca de fastidio; por él se habían asomado los novios, pretendientes, enamorados y oportunistas que habían cortejado a las hermanas antes de que la juventud se les pusiera antigua. Pero hacía mucho tiempo que Carmela, la mayor, lo había clausurado con un muro de ladrillo levantado de la noche a la mañana tras la baranda retorcida. Sólo la imponente puerta de dos hojas de madera maciza conservaba el dudoso estilo colonial que la construcción quiso tener a principios de siglo. Por una de sus aguas entornada entró un día Benjamín, el florista, luciendo una sonrisa tímida y exhibiendo el calor de sus ojos oscuros. En el sur lo conocían de vista, porque iba y venía sin domicilio fijo; algunos decían que se repartía entre la casa del padre y la del hermano, pero

en realidad nadie sabía bien de dónde había salido. La primera que lo vio fue Aurora, la del pelo renegrido y las caderas como ancas de yegua arisca. “Tengo jazmín morisco, jazmín blanco, jazmín de España, de Italia y de China, jazmín real, jazmín amarillo y jazmín de San José”, le ofreció y ella le dijo que se le iban a achicharrar con ese sol ferviente que calentaba el día. Estaban en el zaguán, entre la puerta cancel y la escalera, y él buscaba con la vista el grifo de agua que tenían todos los zaguanes para regar la vereda. Aurora lo invitó a subir al vestíbulo. “Detrás de la puerta metálica hay una canilla”, le indicó y se puso a llamar a Luisa y a Francisca, la hermanas menores, para que vieran la mercadería. Luisa se presentó con el torso desnudo, luciendo unos pechos firmes y vocingleros; Francisca, con sólo bragas y corpiño, llegó sin remordimientos hasta donde estaba el hombre en cuclillas. “Es evidente que ustedes no están acostumbradas a recibir visitas”, fue todo lo que él dijo mientras regaba los jazmines. Después el agua hizo lo que Benjamín todavía no podía: comenzó a salpicar a las mujeres y a despertarles algarabías desprevenidas; primero fueron gotas al descuido, mojaduras en los pies y en las pantorrillas, un tenue rocío por el cuerpo y una leve llovizna de alegría, pero cuando las hermanas trajeron los baldes y el hombre se quitó la camisa, con la excusa de un carnaval para el que faltaban semanas de estío, todo fue baldazos y risas, un juego en el que Benjamín se divertía y las mujeres sentían que les crecía de nuevo la vida.

Ese día de Santa Margarita, las hermanas mayores, Carmela y Enriqueta, habían ido al cementerio de los ingleses a visitar a los padres enterrados en sepulturas distintas. El viejo no había querido

compartir la eternidad con quien le había dado sólo hijas tras años intensos de buscar al heredero del apellido Díaz. “Ustedes son una maldición de Dios por no haberme hecho cura cuando debía”, les había dicho un mes exacto antes de morirse.

Unas horas después de atravesar la ciudad regresaron al sur en un caluroso colectivo de línea. Entraron en la casa grande y se sorprendieron con el gracioso aroma a jazmines que recorría los pasillos; no vieron la canasta del florista pero advirtieron el carmín en las mejillas de Aurora, Luisa y Francisca, y se persignaron con malicia. El color de ciertas vergüenzas vale más que una confesión a pie juntillas. Enriqueta tenía una lengua filosa que le había dado fama de arpía. “Estas no son más putas porque no les da la cabeza”, le susurró a Carmela con el aliento magro de la inquina: nunca había querido a sus hermanas menores y ya era visible que nunca las querría. Carmela, en cambio, las veía como animalitos y les tenía un cariño lastimoso. Y como ninguna de las tres dijo esta boca es mía, las dos mayores obviaron las preguntas y se lanzaron a una furibunda requisa que duró hasta el miércoles de Ceniza -y que sólo fue interrumpida por las misas de los tres domingos que se antepusieron al primer día de la Cuaresma. Habían heredado el cristianismo de la mamá evangelista, pero habían sido bautizadas en la iglesia de la Inmaculada Concepción de María por imposición paterna; el catolicismo practicante les llegó cuando descubrieron que en la Acción Católica los grupos eran mixtos; desde entonces no fue un secreto para nadie que las hermanas siempre estaban dispuestas a enredarse con cualquier pantalón que abultara en la entrepierna.

La revisión de la casa grande incluyó todos los cuartos, salas, desvanes y piezas de servicio que tenía el edificio, desde los de uso diario y frecuente hasta los más inservibles, incluidos los del fondo y los que sólo habitaban mariposas, polillas, caballitos del diablo, saltamontes, moscas, mosquitos, chinches, pulgones, cigarras, escarabajos, mariquitas, avispas, arañas y hormigas. Para no toparse con ratas ni ratones, Carmela y Enriqueta iban golpeando el piso con largos escobillones de madera y escobas de paja; pero con tanto gato suelto que deambulaba por pasillos y medianeras y que dejaba ese olor picante que no se iba ni con lavandina, el aspaviento parecía inútil. Los golpes causaban un poderoso estruendo y sonaban secos y profundos.

Enriqueta reconocía que la casa comenzaba a ser peligrosa un poco más allá del retrete que estaba al lado de la cocina; desde allí los corredores anchos se volvían estrechos, los pisos se hundían y la luz que entraba por las aberturas laterales se tornaba difusa. Ese tramo de la edificación antaño se la habían cedido los padres a unos primos gitanos venidos de Andalucía. Y hasta mucho tiempo después de que se marcharan, a todas las Díaz les parecía que en esa parte de la casa había cosas de mala espina. Pero como la decisión de Carmela era inquebrantable -y aún cuando después de la primera semana Enriqueta ya no sabía con exactitud qué estaban buscando-, una vez que traspusieron el último baño se pegó a la espalda de la hermana y se convirtió en su retaguardia: una cosa era que pareciera conservadora y otra muy distinta que la tildaran de cobarde. Al andar por esos lugares oscuros que ya nadie visitaba desde que el padre se había muerto, empezaron a sentir

que el verano se les ponía frío, y esa sensación las acompañó mientras hurgaban en las salitas con puertas de vidrio anochecido; había allí centenares de libros mustios, arcones de madera mohosa, destartaladas sillas de esterilla, sillones y colchones de telas y lanas rancias, relojes de pared taciturnos e inservibles, maniquíes de costura con arañazos de tiza, fardos de diarios amarillentos, restos de celosías de madera con barras fijas, botellas, botellones, damajuanas, garrafas de vidrio, potes de hojalata y cartuchos de aluminio. Todos los deshechos del universo convivían con la basura, las telarañas y la tierra húmeda en aquel sitio. Carmela recordaba el enorme fastidio de los padres cuando descubrieron que los gitanos se habían ido dejando atrás sus desperdicios; la madre gemía y el padre gritaba que ni en dos vidas lograrían limpiar y remover tanta roña zíngara.

“Estas locas son capaces de habernos metido al diablo en cualquiera de estos escondrijos. Yo sé lo que te digo”, protestó Carmela. Tenía la certeza de que las hermanas menores habían estado por los fondos, escondiendo a uno de esos pillos que les daban alegrías furtivas. Y ya estaba por decirle a Enriqueta que siguieran hasta las últimas piezas cuando vio unos dedos marchitos que sobresalían entre papeles de diario apilados al descuido. Habían sobrepasado un patio de baldosas rojas con macetas viejas y se encontraban a medio camino entre la carbonera y las escaleras que iban a la azotea. Era un sitio penumbroso que no terminaba de ser pasillo ni habitación, en el que entraba la lluvia pero no se asomaba el sol; tenía una entrada y una salida, pero carecía de puertas, y abarcaba en extensión todo el ancho de la casa. Carmela pensó

que eran los restos de un maniquí, porque una de las gitanas cosía ropa de fiesta. Corrió los papeles crujientes y descubrió el brazo, el torso y la cabeza de un cuerpo descompuesto por años de muerte. No se animó a tocarlo por temor a que se deshiciera; Enriqueta, en cambio, empuñó su escoba y comenzó a despejar los diarios que se adherían a los huesos. El cadáver se desplomó y dejó a la vista otro igualmente espantoso que se pudría entre la basura como restos de una comida añeja. El único olor que recorría el ambiente era el de la mugre.

La hermana mayor, lejos del horror común que podían provocar dos muertos de sorpresa, se puso a mirar la muerte, y al observar tanta descomposición exclamó: "Mirá que terminar en esta mierda repelente". Después empuñó su escobillón y se fue alejando lentamente. Enriqueta presintió que se le iba a zafar un tornillo.

Ya comenzaba la Cuaresma y con ella el tiempo de la penitencia. Para las hermanas mayores, el miércoles de Ceniza era un día de precepto aunque no lo dispusiera la Iglesia.

Y así se fueron por los pasillos hasta el frente de la casa grande, mientras alguna de ellas susurraba el versículo del Génesis: "Acuérdate de que eres polvo y al polvo vuelves".

Dos

Las hermanas habían nacido en tandas y con mucho tiempo de diferencia. Primero llegaron Carmela y Enriqueta; fue cuando los

padres se querían y los hijos eran una bendición del cielo. Diez años después nació Aurora, y en los dos siguientes, Luisa y Francisca; al padre le urgía el varón que lo sucediera y a María Luisa, la madre, la halagaba que la atendieran nuevamente. Las mayores decidieron que aquellos tres partos eran una declaración de guerra. Las batallas en la niñez y la adolescencia no pasaron de ser escaramuzas comparadas con las solapadas y perversas de la juventud y la madurez.

Se disputaban la ropa, la comida, los juegos, el cariño de los padres, las amigas, los lugares en la mesa, las camas, el teléfono, la preferencia de las maestras, los compañeros del colegio, los paseos, el aparato de radio, las salidas al cinematógrafo del barrio, el amor de la mamá, la compañía de los primos y los regalos de los tíos, las fiestas de los sábados y los novios, en especial los tantos novios que conseguían ocasionalmente en los bailes y en la iglesia. Porque bastaba con que una de las jóvenes conquistara un candidato para que las hermanas maduras se pusieran al acecho. Contra la voluptuosidad y algún atisbo de belleza de las primeras, éstas ofrecían desinhibición y experiencia, y tenían a su favor un innato conocimiento de las debilidades masculinas. Es cierto que ninguna fue tan agraciada como para despertar una pasión ardiente, pero sólo el azar dispuso que se quedaran solteras. Las cinco veían a los varones como un depredador a su presa y buscaban infatigablemente al futuro marido sin importarles demasiado que no fuera el hombre de sus sueños, y menos aún que el posible compañero estuviera con una de sus hermanas.

Las peleas algunas veces fueron abiertas y terminaron con las contendientes magulladas; quizás por eso Carmen sufría una ligera renguera, Enriqueta lucía el tabique nasal partido, Aurora llevaba el dedo meñique muerto, Francisca no escuchaba bien del oído izquierdo, y Lucía sonreía con un diente menos. Pero la mayoría de las veces las disputas fueron silentes y concluyeron con venganzas crueles; un gato muerto en la cama, carne de rata en el guiso de los viernes, los vestidos descuartizados a pura tijera, sábanas en llamas en mitad de la noche, y misteriosas desapariciones de carteras, documentos, cosméticos, abrigos, libros y dinero daban muestra de que la novia frustrada ya se había enterado quién le birlaba al pretendiente. El varón en cuestión pasaba de manos y participaba de la guerra fraterna hasta que se cansaba y se iba; al cabo de unos meses nadie lo recordaba y las hermanas se aprestaban para una nueva contienda.

Estas batallas se sucedieron hasta que Carmela y Enriqueta pisaron los sesenta, porque si ya nada podían hacer contra los maduros y exuberantes cincuenta de las menores, también es verdad que las mayores tuvieron que tomar las riendas de la casa y ocuparse de los tantos detalles que postergan el deseo. Con la madre muerta de un fulminante ataque al cerebro, Carmela asumió el mando y nombró a Enriqueta su lugarteniente. La comida, las compras, el aseo de los cuartos en uso, el lavado y planchado de la ropa, atender al panadero, al sodero, al lechero, al carbonero, al aguatero, al diariero, darle de comer a los gatos, pagar las facturas, llamar al plomero, al electricista o al cloaquero, y estirar el escaso dinero de la jubilación paterna hicieron de Carmela una vieja autori-

taria e intransigente. Enriqueta devino en agria y maldiciente por decantamiento.

El padre se había convertido en un fantasma alcohólico que vagaba por pasillos y cuartos como un perro enfermo. Ninguna de las hermanas había llegado a quererlo y él no les perdonaba que fueran mujeres. El día en que murió no hubo lágrimas ni duelo, sólo un "pobre viejo" despidió su cuerpo en el cementerio de los ingleses. Luisa insistía con que el viejo, en su agonía, quiso revelarles lo único que había hecho por ellas en su vida. Pero a ninguna le importó.

Hubieron también años de tregua entre las hermanas. Uno que todas recordarían siempre fue cuando el padre decidió que la casa grande tenía que venderse. Hacía dos años que la mamá se había muerto y de los gitanos del fondo sólo quedaba un vago recuerdo. El padre las reunió un día antes de la fiesta de San Cayetano y les preguntó si ellas se daban cuenta de que en el mundo las casas eran más pequeñas. Ninguna contestó porque parecía una pregunta nacida sin respuesta. Él insistió con la novedosa imagen de los departamentos y les contó que Torino -el vecino que, cuando eran niñas, las alzaba, las sentaba en sus piernas y les contaba de su amistad con Tarzán y de sus fantásticas aventuras en la selva-, lo había entusiasmado con la idea de vender el terreno para hacer un edificio moderno. La posibilidad de la venta hizo que las cinco hermanas se encontraran cara a cara con una de sus primeras certezas: morirían en esa casa aunque de la casa sólo quedaran los cimientos. Y pactaron, sin pronunciarlo, una tregua, y se confabularon para que la casa grande no se vendiese. Unieron sus estrate-

gias para convencer al viejo de que iba a ser timado y de que terminaría sus días en la calle y sin techo. Ninguna imaginaba que para él esa venta significaba que por fin podría deshacerse de ellas. Porque ninguna le infundía algún sentimiento más profundo que el recelo que tenía por Carmela, el miedo que sentía por Enriqueta, la aversión que le daba Francisca, la repulsión que le causaba Aurora y la indiferencia que le inspiraba Luisa; además, las veía como intrusas que se habían metido en su vida por un juego perverso del destino. Y para colmo, tenía que mantenerlas como si les debiera algo o como si se lo merecieran.

Torino siempre las había mirado como carne fresca, y aún de viejo las desnudaba con los ojos y de buena gana las hubiera vuelto a sentar sobre sus piernas. Por eso, cuando la intransigencia del padre se hizo evidente, a pesar de llenarle la cabeza y de atormentarlo con que iba a terminar durmiendo debajo de un puente, decidieron que Torino podía convertirse en el clavo para ese agujero.

La encargada de seducirlo fue Luisa, la de los pechos enhiestos. Un día que no estaba Corina, la mujer del vecino, se presentó en su casa cubierta con un tapado de franela y, frente a la mirada atónita del viejo, se lo quitó y le ofreció el cuerpo desnudo. Luisa era una mujer pulposa que compensaba la falta de belleza con formas suculentas. La algarabía de Torino le quitó años de encima y logró que Luisa se sintiera contenta con sus embates lentos pero consistentes.

La encargada de extorsionar al vecino fue Enriqueta, porque tenía la cara apropiada para que él creyera que si no hacía lo que le decía se lo iba a contar a su esposa, y porque ni siquiera hizo falta

que se lo propusieran, sola y con satisfacción se ofreció para ordenarle a Torino que convenciera al padre de que no vendiera, “porque si no y como que hay un Dios, que la vieja se entera”.

El vecino tardó algún tiempo en meter en costura al padre de las cinco hermanas, pero puso su mejor empeño, un poco por el miedo atroz que le tenía a su mujer, y otro tanto porque la carne de Luisa le reventaba los sesos. El mejor argumento que encontró ya iba siendo viejo en aquella época: “No es tiempo de vender ni de andar haciendo negocios con inmuebles, Díaz; éste es un país para quedarse quieto. Quizás cuando pase la recesión, quién le dice”.

Y mucho después de que el padre desistiera de la venta, las hermanas supieron que Luisa continuaba aliviándole la vejez a Torino en uno de los cuartos del fondo. Así se quebró la tregua y comenzó una nueva querella, aunque esta vez el hombre que se disputaban estuvo dispuesto a atenderlas a todas y en el lugar que cada una de las hermanas eligiera. Carmela y Enriqueta lo compartieron y casi lo matan por el esfuerzo; Aurora lo atropelló en el baño y a medio vestir, Francisca probó su olor a piel decrépita en el zaguán, y Luisa siguió requiriéndolo en alguna de las habitaciones siniestras que habían usado los gitanos. A Torino se le olvidó por completo que el padre de las hermanas, enterado desde siempre de su impudicia, alguna vez le había advertido que si le tocaba a las hijas él se las ingeniaría para devolverle la gentileza.

Tamaño esfuerzo amatorio a los setenta y cinco tuvo consecuencias funestas, porque a partir del día de los Santos Inocentes ya no se volvió a ver a Torino y al cabo de unos días apareció Corina, la mujer, gimiendo desconsoladamente. Y entre la posibilidad de

que el esposo la hubiera abandonado, porque tenía fama de putañero, y el riesgo de que hubiera sufrido un accidente, les pidió a las hermanas que la tuvieran al corriente. No mencionó la alternativa de que se hubiera ido a vivir con los hijos que había tenido en su matrimonio anterior, porque sabía que no los quería. Era evidente que no sospechaba de ellas ni aunque se lo escribieran, tan poca importancia les daba como mujeres. Las hermanas fueron, entonces, doblemente sacudidas, porque entendieron que los tratos con el vecino habían terminado para siempre y porque advirtieron en carne viva que ya no eran capaces de despertar celos.

Un día después de haber descubierto los cuerpos descompuestos, Carmela empezó a pensar que Torino era uno de ellos.

Tres

Hubo un año en que a las hermanas les quisieron vender gato por liebre. Fue un poco después de que el padre trajera un televisor y una antena, y las cinco hermanas, como rebaño obediente, se sentaran tarde tras tarde a mirar insulsas telenovelas. En el momento lo tomaron como un signo de los nuevos tiempos; el padre, quizás advertido de que ese aparato tenía más ventajas que la radio, se había convencido de que el gasto valía la pena. Enfrascadas en esas historias de amor dulces y sensibleras, sumisas a los vaivenes de una trama que venía decidida desde el comienzo y convencidas

de que el protagonista actuaba sólo para ellas, no advirtieron que el viejo se traía algo entre manos y que las estaba sometiendo por gratitud. Porque el televisor suavizó el trato de las hermanas hacia el padre y le otorgó algunas prebendas, como la de dejarlo en paz cuando se emborrachaba o la de no preocuparse cuando salía de juerga y no arriesgaba horario de regreso.

Un día llegó con una mujer morena de curvas bondadosas y carnes con pliegues, se encerró en su cuarto y ahí estuvo hasta el mediodía siguiente. Carmela les dijo a sus hermanas que no se hicieran problema, que era una cana al aire y que eso duraría lo mismo que un aguacero de febrero. No calculó que el viejo la sentaría a la mesa, que la presentaría como Jose -sin acento en la e y quizás como el diminutivo de Josefina-, y que les advertiría que se iba a quedar un tiempo. Inmediatamente todas coincidieron en que ésa era el enemigo a partir de ese momento.

La morena tenía unos ojazos brillantes y una boca inmensa; debía ser más joven que las hermanas y, a juzgar por su voz chillona y potente, una mandona en ciernes. Luisa y Francisca la miraban cómo comía, cómo se sentaba y cómo se desenvolvía en la mesa, pero fue Aurora la que a través de signos que quisieron ser furtivos, empezó a llamar la atención de sus hermanas para que le miraran el cuello. Es que Jose tenía una nuez de Adán más grande que los raviolones que estaban comiendo.

En una época en que los hombres sólo se disfrazaban de mujer para los carnavales, aquel descubrimiento les trajo a las hermanas tantas incógnitas que más les hubiera valido toparse con un extraterrestre. Porque comenzaron a conjeturar sin datos ciertos y

arriesgaron entre ellas que “es un hombre operado del miembro” (Luisa), “es una mujer que se desarrolló como un varón y por eso le creció la nuez” (Francisca), “es un degenerado que se viste de mujer y le gusta el sexo por atrás” (Enriqueta), “es como el caracol y las lombrices, tiene los dos sexos en el mismo cuerpo” (Aurora), y “es un vivo que encontró la forma de sacarle plata al viejo” (Carmela).

Lo cierto fue que mientras las hermanas se lamentaban porque el padre en vez de traerles una madrastra les había conseguido otro padre, al que enseguida comenzaron a llamar José, y porque las inclinaciones sexuales del viejo les daban tanto asco como las cucarachas que a veces se paseaban por las paredes, la morena empezó a hacer su vida en la casa grande como si ellas no existieran. Durante el día le lavaba la ropa al viejo, se la cosía y si hacía falta, se la remendaba o se la zurcía; tendía la cama y limpiaba los muebles de la habitación donde dormían. Por las noches se encerraba con el viejo y ya no se los veía hasta el día siguiente. Y si de algo tuvieron que sorprenderse las Díaz fue de la increíble pericia que tenía Jose en la cocina. Cada uno de sus platos sabía a comida de restaurante extranjero, y para colmo eran exquisitos. Esta destreza logró suavizar un poco el trato y permitió que la situación entre ella y las hermanas se fuera distendiendo –aunque con las Díaz nunca podía saberse-, y a tal punto que un viernes en que el padre se había ido a jugar a las cartas con los mecánicos del taller lindero, la invitaron a ver la telenovela.

La habitación donde estaba el televisor quedaba sobre el frente de la casa, y en ese tiempo a través de las puertas vidriadas

se podía ver el inmenso balcón de hierro. Las hermanas corrieron las pesadas cortinas, se acomodaron en un sofá largo que se convertía en cama y la sentaron a Jose enfrascada entre los cuerpos de Aurora y Francisca. La mujer del viejo tuvo que hacer denodados esfuerzos hasta para respirar, pero se las aguantó para no desairar a las hermanas, y éstas se mantuvieron calladas y serias.

En algún momento, las hermanas, que cuando se trataba de hacer de putas no tenían contendientes, con la excusa de que el galán de la pantalla tenía una mirada que caldeaba el ambiente, se aligeraron de prendas y empezaron a mostrarse inquietas. Jose debió creer que en realidad estaban calientes, pero no supo qué decir ni qué hacer cuando Luisa, en un descuido, le plantó una mano traviesa en la entrepierna; entonces la falda de la morena comenzó a abultar y se hizo notorio que aquella mujer tenía un sexo de varón prominente.

La primera que se la llevó a su pieza fue Luisa, quien también fue la primera en disfrutar de un hombre que tenía grandes tetas. Después, Aurora y Francisca se dieron maña para comprobar que Jose en la cama funcionaba como una locomotora que va y vuelve. Sólo Carmela y Enriqueta decidieron quedarse al margen de estos tratos, no tanto porque no las tentara la experiencia, sino porque algo de todo aquello les olía a ropa vieja: el semblante del varón con polleras les parecía familiar.

Durante algunos meses a Jose no le quedó más remedio que entregarse al viejo Díaz por las noches y satisfacer a las hermanas menores durante el día. Esta intimidad duró hasta que las hermanas

mayores, hartas de la fiesta ajena, le cayeron una mañana de sorpresa y le dieron una golpiza que le rompió algunos huesos y más de un diente.

Apaleada y dolida, la morena logró convencer al viejo que se había caído por las escaleras; pero con Aurora, Luisa y Francisca todo fue distinto: ellas supieron que las mayores les habían estropeado el entretenimiento. Y la guerra que se desató por este incidente dejó tan de lado a Jose que cuando éste desapareció ni siquiera el padre se dio cuenta. Porque en las noches siguientes se prendió fuego el colchón de Carmela y hubo que llamar a los bomberos, y aparecieron dos ratas gigantescas en el camisón de Enriqueta y por el susto hubo que internarla de urgencia, y por milagro la hermana mayor se salvó de morir aplastada por un desprendimiento de yeso del techo, y a la hermana internada hubo que trasladarla a otra sala del hospital porque alguien había arrojado veneno de ambiente en la que ocupaba junto a otras dos mujeres.

Carmela y Enriqueta prepararon la venganza como un vino añejo y esperaron pacientemente la época en que finalizaba la telenovela, y un día antes del último capítulo atravesaron la pantalla y el tubo del televisor con las patas de hierro de un sillón jardinero.

Esta victoria pírrica les agrió más la vida y dejó a todas las mujeres de la casa sin el dulce placebo de los amores y desamores en blanco y negro.

Un poco después de haber hurgado en los huesos de los cuerpos descompuestos, Enriqueta comenzó a creer que Jose era uno de ellos.

Cuatro

La casa grande había sido construida con enorme desperdicio de terreno, porque se alzaba sobre un cúmulo de tierra virgen cuya única utilidad era la de aguantar sus vigas y sus cimientos, y porque de haber juntado los fondos con este espacio que la recorría por abajo como un subsuelo, hubiera tenido jardín, cochera y una entrada de servicio. Pero su constructor sólo quiso protegerla de las inundaciones y desbordes del río, que ya en aquel entonces eran infrecuentes.

La fachada era una pared blanqueada a la cal con amplias aberturas, un híbrido arquitectónico al que no le iba mejor puertas adentro. El balcón de hierro forjado agrandaba la sensación de desconsuelo que provocaba todo el conjunto. Cuando Carmela lo mandó a tapiar, nadie en el vecindario se dio cuenta.

María Luisa le contaba a sus hijas que la primera vez que vio la casa pensó que era una broma de su flamante marido, y que cuando cayó en la cuenta de que viviría allí hasta su muerte se le paralizaron las piernas y estuvo semanas enteras sin poder subir ni bajar las escaleras. El padre se había gastado todo el dinero que tenía en su compra y, al enterarse de lo que le pasaba a su mujer, salió a buscar al constructor por todos los lugares donde lo había visto en los tratos previos a la adquisición. Pero el hombre había desaparecido y a él sólo le quedaba conseguirse a alguien que a cambio de vivienda arreglara un poco el edificio. Por eso le vinieron como anillo al dedo los primos gitanos que recién llegaban de Andalucía. Los encontró en el puerto y los trajo a ver la casa. “Es pinto-

resca", le dijo el primo inexpresivo. Y entre promesas de levantar paredes nuevas, enderezar los cuartos, techar los pasillos, tirar abajo los tabiques torcidos, arreglar como mejor se pudiera el frente y el balcón, colocar mayólicas floridas en los baños, cerámicas en los corredores y ladrillos en los patios, los gitanos con sus cinco hijas se instalaron en la casa grande con sus pocas pertenencias.

Convinieron con el joven Díaz que vivirían en los fondos y fijaron el límite en un baño a medio hacer que estaba al lado de la cocina; sólo transitarían por los pasillos para transportar materiales de albañilería y para salir y entrar del edificio. Y así lo hicieron los primeros cuatro meses. Apenas instalados, comenzaron por la demolición de muros y tabiques. La casa se llenó de polvo, ruidos y griterío.

"¿Y desde cuándo los gitanos son constructores?", le preguntó María Luisa al marido una tarde en que, por la polvareda, no se veía más allá del aliento. Ya estaba embarazada de Carmela y todavía le flaqueaban las rodillas, pero se animaba a usar las escaleras agarrada de un pasamanos que había instalado el primo gitano por cortesía. El esposo decidió que tendría otra charla con su pariente. Jamás imaginó que lo encontraría a un lado de la puerta cancel y saliendo de un enorme boquete que dejaba a la vista lo que sostenía la casa por debajo de la construcción: una especie de caverna oscura con filtraciones de agua y olor a barro podrido. En su porción de la casa, los gitanos habían cavado un hoyo descendente y lo habían apuntalado con un encofrado rudimentario; después buscaron el camino que seguían las vigas y abrieron un túnel en el recorrido que ya se insinuaba por la erosión y el movimiento

de la tierra. El declive que marcaban las escaleras de la entrada les indicó donde estaba la salida y el frente de la casa.

El padre de las hermanas puso el grito en el cielo, porque aquella construcción furtiva amenazaba con el derrumbe a todo el edificio, y porque así como ellos podían salir, quién impediría que otros pudieran entrar. Fue el primer entredicho y el comienzo de una enemistad que se acentuaría año tras año como un mal sin medicina; pronto los gitanos abandonaron los trabajos que habían comenzado, disimularon el boquete con un falso muro de ladrillos, y agrandaron la tribu con los novios y los parientes de los novios de las hijas. Y como estaban ofendidos con el primo que les había dado albergue, jamás cubrieron el túnel que les permitía circular a su arbitrio por debajo de la casa.

Cuando decidieron irse, los pisos del fondo ya mostraban grietas y rajaduras irremediables. La casa grande se hundía como un barco herido de muerte, y los gitanos lo sabían.

Cinco

Ese veintidós de febrero, día de Santa Margarita, Benjamín el florista comprobó que la mayor incomodidad de aquella gruta era la altura, porque cuando descendió por el agujero en el piso como le indicó Luisa, tuvo que encorvarse para seguir el camino que lo llevaría hasta el frente del edificio. La posibilidad de que las hermanas mayores lo descubrieran había desatado la huida. Ya se había qui-

tado la camisa y Aurora y Francisca se empeñaban en secarle el cuerpo con el calor de sus propios cuerpos; a Luisa no le quedaba nada más para estar desnuda. Pero al oír el ruido de la puerta cancel y el murmullo ensombrecido de las dos hermanas mayores que volvían del cementerio, se vistieron en un santiamén, lo cargaron con la canasta de jazmines y, sin permitirle siquiera una palabra, se lo encomendaron a Luisa para que lo condujera hasta el último fondo. Le hablaron de una tapia que estaba disimulada en el frente de la casa y le aseguraron que una de ellas la correría esa misma noche para que pudiera irse. El hombre les creyó y se encaminó, por debajo de la casa, hacia la parte delantera del edificio.

No tardó en darse cuenta de que el supuesto túnel era en realidad una madriguera que serpenteaba entre los cimientos, la que, por acumulación de sedimentos, se hacía cada vez más estrecha. Al bajar por la excavación del fondo tuvo que decidir entre seguir con la canasta de flores o llevarse un palo de escoba con una arpillera empapada en brea; optó por ésta y en el túnel oscuro se alegró de haberlo hecho. También se alegró de tener cerillos.

Encorvado, casi a gatas, alcanzó las formas de las escaleras donde estaba, por encima de su cabeza, el zaguán que había visto a la entrada; el espacio se hacía más grande y menos sofocante. Algunos hilos de luz del día se colaban por ínfimos agujeros que había sobre la línea de la vereda. Buscó un lugar seco para sentarse, se acuclilló, encendió un cigarrillo y se puso a esperar que anocheciera.

“Y aquí estoy en este infierno sin Virgilio, hasta que se haga de noche. Espero que estas locas se acuerden de lo que me prometieron. La del pelo renegrido me parece que hablaba en serio; deben conocer algún mecanismo para correr el muro, a mí me bastan unos centímetros y si te he visto no me acuerdo. Pero qué horrible es esto, es como estar enterrado vivo. Cuando se vaya esa luz que llega tan finita de la calle, seguro que una de las mujeres me libera. Qué lástima que hayan llegado las más viejas, sino la hubiera pasado estupendo. Pero les tienen terror; apenas si oyeron que hablaban en la puerta y se volvieron un manojo de nervios; se vestían y me empujaban, me corrían hacia el fondo como en un colectivo. No me dieron tiempo ni para ponerme la camisa. La que me trajo hasta la entrada de esta cueva no dijo ni una palabra, tenía la cara blanca de miedo; cuando estaba sin ropas era otra persona. No sé por qué les hice caso y me metí en este agujero. Si Corina no me hubiera llenado la cabeza con que algo le hicieron a mi papá, creo que me quedaba y me enfrentaba a las que recién llegaban, porque de dónde me iban a reconocer. Nunca me vieron y no me parezco en nada a mi viejo; además, qué les iba a decir, ustedes escondieron a Torino y quiero que me lo devuelvan. Qué disparate. Corina dice que las cinco son más malas que la peste, pero para mí que les tiene envidia. Que las tres hermanas que me recibieron son rápidas y calentonas, es cierto, y que me miraban como un gato mira el pescado fresco, también es cierto. Pero de ahí a que le hayan hecho algo al viejo, no sé, en esa época también estaba vivo el padre de estas mujeres y no creo que él no lo supiera. Además, a To-

rino qué le iban a sacar; nunca tuvo plata y era un hombre setentón al que ya no debían quedarle cartuchos en la cartuchera. Me parece que vine al divino botón. Y para colmo ahora perdí todos los jazmines. Otra cosa hubiera sido si me dejaban más tiempo con las tres mujeres, me parece que ya se me notaba que estaba caliente. Y Corina quiso convencerme de que el viejo se las había pasado al patio varias veces. Pobre Corina, le falla la sesera. También me quiso convencer de que había visto a mi hermano José en esta casa, y que estaba vestido de mujer. Que José sea algo mariposón no quiere decir que vaya a ponerse ropa de hembra. Y eso de que andaba del brazo con el padre de las hermanas a mí no me convence. Qué le iba a hacer ese pobre viejo, si era más grande que mi papá y a mi hermano y a mí nos conoció cuando éramos chicos. Corina piensa que fue una venganza contra Torino por haberle soplado las hijas, que Díaz le prometió el oro y el moro a José para traérselo a vivir con él, y que lo hizo vestirse de mujer porque a José no le costaba nada pintarse y ponerse una pollera. Algo es cierto: a mi hermano le gustaba estar con hombres desde que iba a la escuela. Pobre José, seguro que se enganchó con algún tipo, se enamoró y se las picó. Nosotros ya hace mucho tiempo que no nos hablamos ni nos vemos, él sabe que yo no le perdono que sea maricón. Y vaya uno a saber dónde está. Torino nunca se preocupó por nosotros; después que murió mi mamá, se casó con Corina, nos dejó la casa y se vino a vivir a este barrio. A Corina la vengo a ver de vez en cuando, pero ahora que el viejo no aparece por ningún lado está insoportable y quiere que yo lo busque. Y la tiene con que fueron estas mujeres. Cuando la vuelva a ver le voy a decir que haga la

denuncia, pero que no cuente conmigo. No quiero hacer más papelones. Después de esta noche, a mí no me agarran más. Y eso que es verano, porque aquí sí que se está poniendo frío. Estas viejas ¿se habrán dado cuenta de que la casa se les está hundiendo? Allá ellas. Me parece que ya falta poco para que anochezca".

Seis

Cuando Carmela y Enriqueta regresaron de su requisa, las tres hermanas menores seguían mudas. No les preguntaron nada y ellas ni siquiera amagaron con contarles lo que habían visto. Por alguna razón que se les hacía incomprensible, todas prefirieron el silencio y la oquedad en la que estaban sumidas desde siempre. Las mayores –que intuían que los muertos que habían descubierto le pertenecían a la casa tanto como las paredes, los cielorrasos y los pisos-, se cambiaron la ropa, se arreglaron el cabello y se prepararon para ir a misa; las menores –que se consolaban pensando que el florista ya se habría escurrido por algún recoveco que ellas no conocían-, se sentaron en el largo sofá a mirar la telenovela, como lo hacían todas las tardes desde que Aurora ganó unos pesos en la lotería y compró el televisor.

Mientras las más viejas bajaban por las escaleras, apoyadas una en la otra, Francisca se animó y las alcanzó en los últimos peldaños con la cara iluminada de una bondad desconocida. "Invita-

mos a Corina para que venga a ver la novela con nosotras. Si la ven en la calle, díganle que suba”.

Carmela la miró y esbozó una mueca de fastidio; Enriqueta, sin darse vuelta, le lanzó una de sus quejas: “Esto huele demasiado a cigarrillo negro”.

En algún lugar del camino a la iglesia se miraron y, sin hablarse, comenzaron a reírse como dos hienas viejas.

En el fondo de la casa grande, a unos pasos del hueco que se iba llenando de tierra, unos jazmines abrasados por el calor de febrero expiraban su último perfume y se marchitaban irremediablemente.

CAIN Y ABEL

Juegan los hermanos en la playa y uno le dice al otro que su porción del mundo es más grande, porque se han dividido el mundo en dos mitades y cada uno gobierna una parte de todo lo que se ve. El mayor es alto y presumido, aunque todavía no alcanza a treparse a los árboles; el menor es rechoncho y tosco como los guijarros de lava que a veces caen del cielo. El mayor aprende a sembrar las semillas que su padre saca de los frutos; el menor cuida a los corderos que balan cuando las ovejas salen a pastar. Y en sus juegos uno le pregunta al otro quién se quedará con el sol, porque las estrellas, el mar y las nubes ya las repartieron sin hacer números, y ninguno de los dos sabe si el sol es una estrella o un dios.

De la luna no hablan, porque la madre llora en silencio en las noches iluminadas. Y cuando llora, les acaricia el cabello y les cuenta de la vida antes de que nacieran; entonces era siempre primavera y el aire sólo entibiaba y no había dolor.

De los cultivos tampoco hablan, porque el padre es labrador. El padre sufre cuando no puede darles de comer, y se embriaga para olvidarse de los hijos y de la mujer.

Y ellos se reparten todo lo que no sea luna, ni cultivo, ni dios. Porque en sus juegos no hay ilusiones, ni fronteras ni amor. Su mundo está partido en dos.

Alguien ya decidió que Caín y Abel sean sólo los nombres de una división cruel.

CINCO MINUTOS

Cinco minutos bastan para soñar toda una vida

Mario Benedetti

Cuando llegó a la estación del ferrocarril aún persistía la escarcha de la madrugada y había crespones de rocío blanco sobre las vías y el pasto que rodeaba el andén. Las bocanadas de aire caliente que exhalaba como nubecitas acompañaron al tren que partía, y él lo vio irse como se va la vida, con la misma rapidez con que se van los años, tan inexorablemente. Resignado, buscó un banco en el refugio, se levantó el cuello del abrigo, miró los andenes vacíos y se acomodó como un ovillo de lana sobre el asiento. Se había quedado dormido, apenas cinco minutos más de los que debía; el impulso de apagar el reloj y dejar que el tiempo permaneciera suspendido, lo demoró. Y como siempre es tarde cuando se pierden cinco minutos, hizo todo a las corridas: se vistió mientras tomaba un café, guardó la agenda en el maletín mientras se afeitaba, se hizo el nudo de la corbata en el camino a la estación, y aún así no consiguió recuperar ni un solo minuto de los perdidos. Ahora tendría que esperar el arribo de un tren al que nunca se había subido, un tren de un horario que él desconocía. Entrecerró los ojos y se dejó abanicar por la brisa inclemente que se entrometía en el refugio; sintió la culpa de llegar tarde al trabajo como una daga, pero el misterio de recorrer un

tiempo distinto, un tiempo de cinco minutos después de su tiempo, lo sacudió. Sintió la adrenalina correr por su cuerpo y se sorprendió de los años que habían pasado desde la última vez que la había sentido. Después del divorcio, de la soledad, de los hijos crecidos, de la casa vacía y de la costumbre de tenerse sólo a sí mismo, era la primera vez que iba a ver cosas que nunca veía. ¿Cómo es la gente que se levanta cinco minutos después de nosotros? ¿De qué color son las calles y las casas y los autos que se ven por la ventanilla de un tren en el que nunca viajamos? ¿Cómo son el cielo y las nubes y el sol de cinco minutos después de los que siempre vimos?

Alguna vez se había prometido que ya no cambiaría, que hiciera lo que hiciese, todo sería rígido, metódico, inofensivo; por eso adoptó itinerarios fijos, situaciones conocidas. Lo que no se ve no se siente, y lo que no se siente no lastima. Todos los años que recordaba los había vivido como un exilio, y ese exilio no le permitía ni siquiera perder cinco minutos.

Una vez al mes almorzaba con sus dos hijos y cada dos meses hablaba con su hermano por teléfono, pero eran trámites rápidos y sencillos. Cada semana se compraba un libro y sólo los fines de semana veía una película. Siempre escuchaba a Scarlatti y a Corelli. Tenía un vestuario obsoleto y una dieta aburrida. Nunca llegaba tarde a ningún sitio.

Percibió su propia intranquilidad en la respiración agitada y en las sienes que le latían. Y aunque le gustase más pensar en la adrenalina, debía reconocerlo: tenía miedo.

Pronto comenzaron a llegar las personas que viajarían con él en el próximo tren. Las escudriñó con algo de recelo, quizás espe-

raba que fueran completamente distintas a todas las que conocía, pero no advirtió ninguna rareza, eran personas comunes, aunque no estaban tan abrigadas como él y no expulsaban las nubecitas de vapor características del invierno. Después, cuando llegó el tren y pisó el suelo crujiente del vagón, observó que los asientos, las puertas, las ventanillas, las luces, las señales y los anuncios publicitarios eran los mismos de todos los días. Los vendedores ambulantes, los limosneros, los músicos a la gorra, el guarda y los chicos de las estampitas también le parecieron los mismos. Y estaba por creer que cinco minutos no cambian la vida, cuando percibió la sonrisa encendida de una mujer que lo miraba desde la otra punta del pasillo. Lo estaba llamando con gestos muy expresivos. Se sorprendió, posiblemente se trataba de alguien que se había dado cuenta de que él no pertenecía a ese horario. Evitó mirarla y se entretuvo observando, de pie y asido al pasamano, la calle que corría paralela a las vías; los automóviles y la gente que iban y venían eran tan comunes como las que él veía cada mañana. Pasaron algunas estaciones y se renovaron los pasajeros. Dirigió de nuevo la vista hacia la mujer y sintió alivio: no estaba, quizás se había bajado del tren. Caminó hasta un asiento libre y se sentó. Luego de acomodarse se dio cuenta de que se había sentado al lado de la mujer que le sonreía. Ahora lo miraba detenidamente y había cambiado la sonrisa por una franca y desprejuiciada risa.

-¿Todavía no me reconocés? –escuchó que le preguntaba acercándose sin disimulo a su abrigo. Olía a alhucema, tenía el cabello ensortijado y algo revuelto por el viento, y mostraba los ojos

iluminados y los labios húmedos como frutillas cubiertas de rocío. Estaba vestida de primavera.

Le contestó con vergüenza que no. ¿Por qué debía recordarla? ¿Quién era? ¿Qué quería? Se había casado demasiado joven y se había divorciado demasiado viejo como para pensar en una nueva compañía. Y esa mujer joven y bonita no parecía alguien a quien pudiera olvidarse fácilmente.

-Me parece que me está confundiendo con otra persona –agregó con su mejor amabilidad-; yo no viajo nunca en este tren y es muy posible que me parezca a alguien que usted conoce.

La mujer estalló en una carcajada que se propagó por el vagón como una música repentina. Debía reconocer que tenía una risa sensual y atractiva, pero él evitó reírse por temor al ridículo. Algunos pasajeros se dieron vuelta y los miraron, otros arquearon las cejas y mostraron el mismo disgusto que les provocaban los que vendían baratijas a los gritos.

Cuando la mujer se calmó, le preguntó cuál era el motivo de tanta hilaridad. No mencionó que le parecía más loca que una cabra porque sólo había visto cabras en las películas y no entendía el origen del dicho. Su puntillismo era insoportable, y de buena gana le hubiera acomodado el flequillo.

-¿Es una sorpresa? ¡Ya sabés cómo me gusta que me sorprendas! -respondió con entusiasmo la mujer-, esperaste otro tren para encontrarme, ¿no es cierto? Y si te quedaste dormido, no me lo digas. Prefiero creer que te pusiste ropa de invierno por precavido.

Él no supo qué contestarle. Era cierto que ahora el clima no era el mismo de su arribo a la estación, ya no hacía frío y parecía que estaban en octubre o en noviembre. Ella siguió: -Tendría que estar acostumbrada a estas sorpresas tuyas, pero no puedo y quizás no quiero. Desde que nos conocemos, sé que hay cinco minutos imprevistos en los que vos me cambiás la vida.

¿Y si la mujer decía la verdad? Un mundo lineal, su mundo en el exilio, podía ser una fantasía; todos sus horarios, sus acartonamientos y prejuicios tal vez sólo existían en esos cinco minutos previos que él se había inventado para negarse cualquier dicha.

Dudó. El mundo bien puede ser sólo lo que sentimos, no lo que pensamos ni pretendemos. Los conceptos, las ideas, nos acompañan en la soledad, en el abatimiento y en la desdicha, son un muro que construimos con retazos del intelecto, ese muro imperdonable de que habla Neruda. Más allá de cualquier filosofía, la existencia cobra sentido cuando prevalece el sentimiento, desde el más aberrante hasta el más sublime.

Intentó preguntarle cómo se llamaba, de dónde se conocían, por qué no recordaba un pasado en común y los sorpresivos momentos que habían compartido, pero ya no pudo. El beso dulce de la mujer en la boca le quitó el aliento y las ganas de recuperar para siempre esos cinco minutos que le regalaban otra vida.

DETALLES DE UN VIERNES

Percibí el detalle la noche de un viernes, cuando nos reunimos para conversar en la casa de María Ceres. Éramos cinco peregrinos de un anochecer evanescente que habíamos sobrevivido a la presentación de una novela ruinosa. Creo que buscábamos redimirnos del tedio del acto reciente. Alguien me rozaba la rodilla, aunque no tenía a nadie enfrente; después fueron el cuello, las manos y las mejillas, lo que resultaba absurdo entre gente que no se movía de sus asientos y que hablaba animadamente de sus libros y proyectos. Cualquier otro tema de conversación hubiera desentonado en aquel ambiente proclive al arte y las letras.

El roce de la pierna era insolente y las caricias en el cuello me encendían las células; además, me costaba mover las manos, porque las sentía sujetas a otro cuerpo que no estaba ahí y que, sin embargo, tenía alguna tibia entidad más allá de lo concreto. Supuse que alguna copa de vino con el almuerzo de ese día estaba alargando sus efectos. Hablé de los deliciosos poemas de una edición reciente de Alcira y sentí, ahora con más fuerza, unos dedos que trepaban por mi espalda y avanzaban hacia el pecho. Pensé que estaba sufriendo un colapso circulatorio por abusar del cigarrillo, aunque aquello no se parecía en nada al característico hormigueo o a un calambre; no, en realidad, la invasión etérea no me causaba

ningún dolor, por el contrario, era dulce y alegre. Recordé que en la presentación de su novela Tirso Sotelo nos había invitado con licores y cervezas, y que tomé algunos vasos escuetos, pero no los suficientes para padecerlos de esa manera.

Traté de prenderme a la conversación como un náufrago a un madero, ya que no me imaginaba contando ante aquel auditorio íntimo lo que me estaba sucediendo. ¡Dios! ¿Qué me estaba sucediendo? La literatura a veces sirve para entenderse y otras, es una excusa para cubrir mezquindades y miserias. Pero mi situación no cabía ni siquiera en la sospecha de lujuria o procacidad consciente.

Noté que al pronunciar algunas frases las sensaciones se tornaban más fuertes y que por la simple mención de unos versos de Nira Etchenique que recitó Manuel -"Lo nuestro no comienza... / Con el primer latido de la tierra / mi piel y mis sueños fueron tuyos"-, dos manos tersas se apoyaron subrepticiamente a ambos lados del cierre de mi pantalón. Cierta incomodidad instintiva se adueñó de mi entrepierna. No soy un adolescente y, en rigor, esa edad de la vida me parece tan lejana como el océano; me considero un hombre maduro con más prohibiciones que deleites, pero estaba a un paso de quedar en evidencia, así que pedí permiso y fui al baño para tratar de componerme. Al cerrar la puerta, la humedad de una lengua carnosa se posó en mis labios como una fruta jugosa y fresca; después, un abrazo hondo y furtivo me asaltó hasta estremecerme.

Pero la verdad es que estaba solo e inerme frente al lavatorio y un enorme espejo. No había nadie y desde el exterior llegaba un "allegro" de "Las cuatro estaciones", de Vivaldi. ¿Quién se trepaba a sus acordes para invadirme y hacerme temblar? Estornudé, volví a

hacerlo una y otra vez hasta convencerme del resfrío incipiente. Me lavé la cara con abundante agua fría, me desabotoné la camisa y me mojé las muñecas, después me sequé y me peiné. Estaba por salir del baño cuando la sensación de un cuerpo invisible pero ineludible se unió al mío hasta hacerme doler. Y el dolor se tornó placer por tantos instantes como es posible soportar un placer que hiere. Pregunté en voz alta quién era, supliqué al aire para que el mismo aire me respondiera, y permanecí en el cuarto de baño con la inapropiada certeza del silencio; en ese silencio, una mujer se adscribía a mi cuerpo y circulaba, leve y volátil, por mis venas. De algún modo indescriptible, era piel, sangre y sexo; tenía temperatura y humedad; temblaba y jadeaba, se crispaba como una abeja que huele y saborea el néctar; gozaba con la fuerza de un goce eterno.

Regresé a la sala y Mirta preguntó si me sentía mal, porque realmente debía verme como un miliciano que vuelve de la guerra. Me excusé con la presión, que asciende o desciende según el humor de las arterias, después reconocí que estaba fumando en exceso y que una sobrecarga de problemas me quitaba el sueño. La conversación giró hacia la cotidianeidad alocada que nos tocó en suerte. En medio de la charla advertí que me rozaban el oído con susurros de breves poemas perfectos; perdí el hilo de la conversación y me dejé llevar por la voz que avivaba mis recuerdos.

La poesía es un arte de rigores excelsos y su poder de seducción es artero: el empleo astuto de un poema puede abrir corazones y bajar cremalleras. A mí, en ese momento, la poesía me estaba haciendo el amor. ¿Cuántas veces sentí lo mismo al leer un libro de poemas? Me evadí tentado por mis pensamientos. “Una co-

pa de vino a orillas del Sena y en la noche unánime de Borges, la luna blanca. ¿Te acordás, Amanda? Teníamos un océano en cada palabra, y los poemas de Elvio Romero y la ilusión de una isla después del naufragio", rememoré con deleite. Lo había escrito hacía mucho para un cuento que evocaba a Amanda. Pero Amanda se había perdido en el tiempo; era un recuerdo de años anteriores a 2013. En el presente me había contentado con la inefable certeza de la muerte, la muerte que se ve más cerca cuando uno envejece, y, por ende, no me sostenía la pasión sino la soledad de un forzado sosiego.

¿Ustedes creen que el amor siempre nos asedia?, pregunté cortando una conversación frívola sobre figuras de nuestro medio. La pregunta estaba mal hecha, pero tuve pudor de hablar de pasión y hasta de deseo. Después de la sorpresa hubo opiniones diversas: alguien dijo que el amor es una ilusión reincidente; otro afirmó que el amor, como la vida, también muere; y no faltó quien sostuviera que habría amor mientras un hombre y una mujer existieran sobre la tierra. Nadie respondió la pregunta, eso fue evidente, pero qué importancia tenía si yo no buscaba una respuesta. Creo que en ese momento sólo quería sentir que ella había vuelto, y que la traían la poesía, algunas palabras de fuego, la necesidad de los cuerpos, el dolor de la distancia y la vieja memoria de un te quiero.

EL UMBRAL

Cuando comenzó la lluvia decidieron marcharse. Juan y Gabriel no sabían hacia dónde, pero con sus años no era necesario saberlo.

Sin hablar se levantaron de los bancos rústicos ubicados debajo de los vidrios cuadriculados de la ventana, y la penumbra de la habitación se nutrió con un tinte ambarino, casi violáceo en el centro y en los rincones. Ni bien se fueron, creció el vacío como una maleza insidiosa que mordía cada grieta de las paredes y cada ladrillo gastado del piso.

Apenas se levantaron de su sentada de años sintieron el sonido de la nada instalándose en el recinto, pero no les importó. Movidos por algún impulso oculto, cuando las gotas esporádicas se tornaron lluvia pertinaz sobre el campo brotado porque sí, decidieron marcharse.

Hacía años que estaban sentados debajo de la luz de la ventana. Sin hablarse, sin mirarse; sentados, con los brazos en alguna posición cerca del cuerpo, los pies apoyados sobre la tierra (en ese lugar los ladrillos ya no se veían, los había comido el tiempo de las suelas aplastándolos) y sus rostros mirando fijamente un mundo que inexorable pasaba como una feria a su alrededor, haciéndolos partícipes sin que se lo propusieran de todo cuanto acontecía. Allí estaban las mulatas con sus contorneos de lino blanco y sus dien-

tes destellantes musitando canciones, mientras sus manos iban perdiendo las pieles al fregar ropa ajena, y don Albarracea, con sus negocios prolijos sin objeción, tal como figuraban en los libros llevados meticulosamente por Baltasar Cardozo, en los que aparecía el detalle de cada pieza traída de África, con el peso y la calidad consignadas. Juan y Gabriel sabían que en el peso se cambiaba la palabra “kilos” por “gramos”, y que si la mujer era joven se la llamaba amatista, rubí si rondaba los cincuenta, y ópalo si sólo servía para cantar nanas y hacer dulces; todo lo veían pero no decían nada, no comprendía que estaban allí, nadie les había dicho que lo que veían era la vida, y que ellos formaban parte de ella. Cómo podían saber que la vida pasaba por esa habitación, siempre habían creído que estaba afuera, a lo lejos, donde el campo que cambiaba de color cuatro veces cada cuatro ciclos se tocaba con ese otro campo que trocaba varios colores en tiempos más cortos. Ellos veían los círculos que marcaban la entrada o la salida de la luz y las sombras, sentían en su piel morena el calor de los momentos de luz y la frescura plateada que acompañaba el canto de los grillos.

Habían oído en la feria que se armaba y desarmaba a su alrededor, que en ese rincón del universo siempre había habido sol y que en otras partes bajaban las aguas del cielo; pero no podían imaginar semejante fenómeno. El único modo que tenían para concebir esas aguas, era el río. El río de las mulatas, el río de los barcos feroces de don Albarracea, o el río que a veces alegraba a Felisa, Agustín y Adriano, cuando tiraban de sus cañas y sacaban revoloteando una golondrina azul, inquieta y gelatinosa. La risa de la niña se escapaba de golpe por los huecos de su dentadura, y los va-

rones sentían el mágico poder de dominar el mundo. A Juan y a Gabriel también les bailaba el pecho cuando veían a los niños, y sus propios pies se movían un poco dentro de los zapatos raídos.

El río les regalaba a veces, sólo a veces, un par de figuras muy juntas que se recortaban contra la luna llena. Cuando ella, la luna, se levantaba enorme y seductora frente a las aguas, un rumor fresco de besos nuevos recorría la habitación, y a veces, muy pocas veces, Juan y Gabriel sentían un galope redondo en sus entrañas y se bañaban con un ardor extraño que en nada se parecía al calor de los mediodías cuando no se podía respirar y toda la gente del pueblo olía a cebolla. Era un sudor grato, que los asustaba y los deleitaba a la vez. Pero eso sucedía sólo en contadas ocasiones; el miedo a dejar de sentirlo durante los grandes tiempos en que no aparecía la luna plena, obligaba a mirar hacia esa línea que las viejas vendedoras de choclo llamaban horizonte.

Y así transcurría todo. Así transcurrió todo durante tanto tiempo hasta que comenzó la lluvia. Y la lluvia comenzó como cualquier lluvia, sin que nadie lo obligara al cielo. Primero como un rocío de madrugada, después como un aguazal de lágrimas lloradas por las nubes, hasta que un ritmo inédito de gotas martillantes ocupó el aire y les mojó la paja a los techos; es que en ese lugar nunca había caído el agua, siempre había corrido a los pies como una gran serpiente translúcida y abultada.

Juan y Gabriel abandonaron los bancos, pasaron entre las tantas gentes y los tantos vacíos que se aglomeraban en la habitación y por primera vez reconocieron otra línea que nunca habían supuesto: el umbral.

Atravesarlo fue para ellos un descubrimiento revelador. Casi adormilados, sin mirarse, levantaron el pie derecho y dieron el paso. Mientras tenían su pierna en el aire se dieron vuelta y vieron que todo seguía igual. Hasta sus asientos, ahora vacíos, estaban apacibles debajo de la ventana. Miraron hacia delante, la lluvia había reverdecido el campo con irreverencia y había acercado el horizonte.

Cuando por fin apoyaron incrédulos el primer paso, giraron sus cabezas hacia ellos mismos, se reconocieron y supieron que era inevitable ponerse a caminar.

JOB

Las dunas blancas del desierto de Uz parecen un océano encrespado, con sus olas de arena encabritadas y sus mareas de viento que las barren de un lugar a otro como fantasmas. Job las contempla desde la terraza de su estancia. Está fascinado con las curvas que ondulan como vientre de muchacha. Esa noche clara, de pura luna de Oriente, le permite ver la intimidad de los colores que van cambiando a medida que se forman los nuevos altozanos.

De vez en cuando mira de soslayo los corrales cerrados; recuerda los números que le aseguró su contable –siete mil ovejas, tres mil camellos, quinientas yuntas de bueyes y quinientas asnas-, trabajosamente anotados en una lengüeta de papiro usado, y respira con placer el aire. Siente que la vida es diáfana.

Se detiene a mirar la marcha del carruaje que conduce a su primogénito a Márib; parece una lagartija serpenteando por el camino de grava. Y mientras observa como se pierde en los confines del páramo, recuerda el banquete que hoy a la tarde su hijo mayor preparó para sus amigos en el salón principal de la estancia. Así lo tiene pactado con sus siete hijos: un día de cada semana, cada uno de ellos puede disponer de la casa paterna para agasajar a sus amistades, pero deben invitar a Esther, Sarah y Ana, sus tres hijas por las que su corazón se inquieta.

Nota una sombra que se acerca a sus espaldas y sonríe, es Miriam, su esposa, que viene a acompañarlo. Sabe que le pedirá nuevas doncellas para atender el cuidado de las prendas de vestir, la costura de telas y la limpieza de los baños, y más servidumbre para preparar las comidas diarias. Reconoce que destina una buena parte de sus ganancias en pagar jornales, pero él se siente en paz haciendo lo que cree justo y bueno a los ojos del Dios de sus padres. Mañana, cuando se levante y el sol apenas se insinúe en el horizonte, le sacrificará un cordero e incluirá en sus plegarias a su mujer y sus hijos, para que sigan siendo puros de corazón.

Miriam lo abraza y se recuesta en su hombro. Él la acaricia y le pregunta si lo ama; ella se enoja y Job insiste: “¿Me amarías si fuese pobre y tuviéramos que vivir de un salario?”. La mujer le sella los labios con sus dedos. Tendrá que adivinarlo.

Esa noche, mientras Job duerme junto a su mujer y todo está en silencio, una sombra siniestra recorre la estancia; hace parpadear la llama de las velas y flotar las cortinas de las ventanas. Algo silba con las tibias corrientes de aire que atraviesan la casa, no se ve pero se escucha su paso. Y después de hacer su inventario, abandona el lugar flotando a la deriva como arena negra de las dunas cercanas.

Los cielos de estos primeros años de la humanidad están vacíos y expectantes. Un rayo los surca cuando Dios se mueve en sus dominios, seguido por sus ángeles. Él es el que es y todo lo demás es creado, la tierra con sus ríos y montañas, los bosques, las selvas y los enormes mares, cada animal que vuela, camina o

se arrastra, el hombre y la mujer y todas las imperfectas deidades, los ejércitos celestiales y el señor del mal y las debilidades. Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza, y por eso no le pierde pisada. En este tiempo Job es su alumno más aplicado. El demonio lo sabe y siente envidia de ese ser tan insignificante; pero no quiere ser como Job, sólo desea que Dios lo ame tanto.

Cuando llega la mañana el desierto de Uz comienza a desnudarse, y sus riscos de arena parecen animales hambrientos. El silencio es subyugante, las distancias comienzan a agrandarse y algunos reptiles de mirada perdida recorren el terreno sin prisa.

Job camina hasta la pira con un corderito entre los brazos; recién lo destetaron y es enclenque y frágil. El hombre lo alza sobre su cabeza y se lo ofrece al Dios que sacó a su pueblo de Egipto, luego le pide perdón para sí y para quienes ama, y lo baja. Con un tajo de cuchillo lo desangra; el cordero se deja morir con los ojos abiertos. El fuego lo consume antes de que exhale. Rumbo a su casa, los ojos vidriados del cordero sacrificado le causan un dolor inexplicable, y se siente cansado. Un sirviente que corre hacia él lo saca del sopor; lo espera parado en el camino de grava. El hombre llega agitado y le cuenta que los sabeos invadieron la estancia y que se robaron todos los bueyes y las asnas. Entre sollozos le dice que hubo una escaramuza y que mataron a un centenar de sus criados. Job está aturdido y mareado, y le falta el aire. El sirviente lo mira y lo interroga con el semblante; su amo perdió mil animales y él perdió a su padre y a su hermano en la batalla.

LA CITA

Entre todas las cosas que dijiste, la que más me gustó fue cuando me preguntaste si me iría a vivir con vos. Te respondí sin dudar porque era la primera vez que me incluías en tu vida. Era una noche de invierno y viajábamos en auto por una calle de Tigre, te habías recostado en el asiento y me mirabas como si nunca me hubieses visto. Aún recuerdo el centelleo de las luces y la oscuridad del río; unas barcazas cabeceaban aburridas y susurraste que el agua te atraía. En el estéreo Louis Armstrong cantaba "*What a wonderful world*".

Ya nos habíamos dicho que estábamos metidos en un lío, pero ninguno de los dos imaginábamos cuán grande y profundo era ese lío. Creo que en esos días ya habíamos comenzado a soñarnos, vos me soñabas y yo sentía en mi cuerpo las imágenes que veías; cuando yo te soñaba tus días se tornaban difíciles. También habíamos comenzado a tocarnos sin ser vistos, era como jugar a las escondidas entre la gente y hacer trampas para que nadie supiera de nuestro juego. Antes hubieron días de ausencias, sin sueños ni roces furtivos; en esos días me odiabas porque no entendías que la ausencia me persigue desde niño. Tu ausencia, en cambio, se llama melancolía.

Debí haberte dicho que sí, que me iría a vivir con vos y estacionar el auto en la costanera. El momento y las palabras parecían

propicios. Pero estaba aturdido, una de tus manos de juguete se acercaba a mis piernas y vos querías saber, como siempre, si yo te quería. En realidad, ya lo sabías, pero te gusta oírlo; también te gusta que te escriba. Sé que me seguís leyendo y esperás a que yo te lea para llamarme. Hubo un tiempo en que nos inventábamos excusas, y hasta la más trivial nos servía; ahora ya no importan las excusas, no las necesitamos.

Todo hubiera sido distinto si detenía el vehículo y aprovechábamos para disfrutar de un momento que quizás no volvería a repetirse. Me llevó un tiempo largo comprender tus temores y tus dudas, y eso de que nada es para siempre es parte de la letra de una canción, pero vos estabas convencida: los amores maduros a veces terminan podridos. Qué paradoja, tu mejor madurez es reírte de vos misma. En eso no tenés rival, sos la mujer más divertida que conocí en mi vida. El día en que nos dimos cuenta de que podíamos divertirnos juntos se esfumaron buena parte de tus miedos y mis laberintos, creo que nada fue lo mismo.

Pero seguí conduciendo y el loquito que venía de contramano en una camioneta amarilla no nos vio, o cuando nos vio ya lo teníamos encima. Nos golpeó de frente como si fuera una viga de hierro, y vos te aferraste a mi mano y yo te grité lo que algunas veces te dije: No te olvides.

Ahora uno de los dos está muerto, es cierto, porque uno de los dos atravesó el parabrisas y cayó sobre la vereda con el corazón partido. Pero eso es lo de menos, a mí no me importa saber si sos vos o si soy yo el que está vivo, los dos seguimos abriendo el correo electrónico cada día y nos leemos, yo te escribo que te ex-

traño y que me siento solo sin vos, y vos me contestás que no podés arrancarme de tu corazón y que necesitás acurrucarte en mi hombro. Creo que en algún momento comprendimos que la existencia es el vestigio de algo infinito. No hubo casualidad en nuestro encuentro porque nada es casual en la vida, y ahora vos lo sabés: no se puede dejar de amar aunque uno no esté vivo.

Hoy es 24 de noviembre y está lloviendo intermitentemente. Estoy sentado en el banco de la plaza como una rama inerte, la gente pasa apurada y se refugia en los bares iluminados que están colmados de otra gente. La lluvia me moja la cara y los lentes; los limpio con el pañuelo y te busco, giro la cabeza hacía uno y otro lado, me doy vuelta y observo. Es una hora cualquiera de la noche, pero sé que la hora es lo de menos, el detalle más importante es que uno de los dos tiene la apariencia del aire. ¿Vendrás? ¿Me encontrarás? Fue un pacto entre ambos y nosotros no somos de romper promesas, siempre cumplimos lo que prometemos.

Huelo tu perfume que me llega desde lejos, es un perfume inconfundible. Te busco. Siento tu beso y el roce de tu flequillo. Imagino tus labios húmedos y tus ojos encendidos. Quiero decirte que no cambió nada, pero repentinamente digo que sí, que te quiero porque me lo estás preguntando sin palabras. Te veo sonreír y te descubro: estás sola y esperando, sentada en el banco de la plaza. Vos también sabés que cumplimos con la cita.

Ahora nos queda la eternidad para vivir el sueño que nos negó la vida.

LOS CIPRESES DEL CEMENTERIO BRITÁNICO

Los altos cipreses del cementerio británico, con su rara forma de gigantes compungidos, se mueven mansamente al compás de una brisa inexistente. Evito mirarlos con la ingenua esperanza de que se transformen en cielo y nubes, o en naturaleza impávida, o en algo menos doloroso que lo dibujado por las desproporcionadas ramas gimientes; pero ahí están como inflexibles vigías que custodian la muerte. Los vi tantas veces en tantos años que me parece ridículo asustarme por su presencia; siempre estuvieron, me dije para alentarme y enfrentar los rostros fríos de cada sepultura alineadas en interminables hileras.

Hacia el sur, casi llegando a los límites del cementerio, están las tumbas de mis abuelos y de mi papá; en el centro, las de los tíos y tías que murieron antes de mi adolescencia; por el este y atravesando un sendero incierto, otrora estaba la de mi madrina María, allí enterraron a mi mamá una mañana de agosto que aún siento muy fría y aterradora. Las veces que regresé para ver su tumba me perdí en un laberinto de calas marchitas y crisantemos ajados, y debí volver una y otra vez sobre mis pasos hasta dar con el verde esponjoso de la sepultura, siempre invadida por el mármol arrogante de las

vecinas. Más allá y hacia cada lado, están los cipreses que conocí de niño, cuando frecuentaba el cementerio con mi familia. El lugar era entonces un jardín espacioso donde jugábamos y corríamos con mi hermana y mis primas. Los apellidos sajones y los ornatos austeros de las viejas bóvedas no nos provocaban miedo, por el contrario, nos servían de parapeto para jugar a las escondidas. Con curiosidad infantil hurgaba adentro de los monumentos marmóreos; ataúdes pulidos y brillantes se lucían en catres negros. Alguna vez observé un cajón de cedro carcomido por los siglos y, en su interior, vi los impávidos huesos cerosos que desafiaban a la corrupción como objetos sin tiempo. Nunca les temí a esa muerte y a ese silencio que contagiaban paz y respeto, al igual que una mañana soleada brinda paz y alegría.

Cerca de la entrada está la iglesia austera, anglicana posiblemente, aunque las diferencias entre credos adquieren una mínima importancia a la hora de buscar consuelo. Muchas veces me senté en sus bancos para contemplar la cruz que preside, solitaria y excluyente, las oraciones de las exequias. Alguna vez recé ante ella. Pero eran otros tiempos y otra sangre la que corría por mis venas. Ahora regreso para comprar una sepultura para mis huesos y voy caminando detrás del empleado que me asignaron para que me muestre la ubicación del lote. En la administración pedí un sitio alejado del camino principal, un lugar retirado, como si ello pudiera importarme a la hora de usarlo. Me vendieron una tumba a perpetuidad, que me pertenecerá noventa y nueve años; pagué pensando qué poco dura lo perpetuo.

Camino esquivando el follaje que sobrepasa los canteros con lápidas, entre líneas estrechas donde sobresalen unos ángeles de piedra negra. “Es éste”, me dice el hombre mientras señala un rectángulo de tierra descolorida y seca. “Podría arreglarlo sembrando uña de gato y poniéndole un marco de mármol”, acota sin interés y manteniendo su ridícula cara de circunstancia. Tengo ganas de decirle que no preparo una mudanza y que difícilmente podré gozar de los arreglos, pero asiento con la cabeza y le pido que me deje solo. Quiero quedarme para grabar los colores del paisaje en esa porción de la memoria que quedará flotando después de mi muerte. De tanto mirar se me inflaman los ojos y observo el mismo lugar pero más abierto, aún custodiado por los altos cipreses. Ahora hay niños jugando y mujeres de luto que decoran los floreros de las sepulturas y que van y vienen desde las canillas escondidas entre los árboles. Oigo los gritos burlones de mi hermana y el bullicio que hacen mis primas se mezcla con los chistidos de las mujeres que peregrinan hacia las canillas. Sé que la escena no es real, me lo confirma la sirena profunda que avisa el fin del horario de visitas. Un viejito me hace señas para que me apure porque van a cerrar, le digo gracias gentilmente y vuelvo a mirar por última vez la parcela que adquirí; creo ver una placa de bronce con dos fechas, una señala el día de mi nacimiento, la otra ni siquiera me sorprende.

Camino hacia la salida con una breve y ligera sonrisa. Antes de salir le doy una propia al empleado que me acompañó esa tarde. “Hasta pronto”, le digo casi sin darme cuenta. Levanto la vista y los veo; allí están los altos cipreses. Sé que me esperan. Como lo han hecho siempre.

NITIDEZ

Recuerdo los inviernos grises de mi niñez, cuando entraba en el aula de la escuela y la sensación de estar solo y perdido en un mundo extraño me paralizaba. Seguía a mis compañeros en la fila y me sentaba en un pupitre del fondo de la clase, después llegaba el maestro y aquel universo vedado a las mujeres –con la única y honrosa excepción de nuestras madres- comenzaba a girar hasta bien entrada la tarde. Ya había aprendido a leer y escribir, pero aún me faltaba saber para qué servían, tal vez porque las palabras pueden combinarse de tantas formas distintas y con intenciones tan disímiles que lleva media vida comprender que nunca llegaremos a dominarlas. Para mí, en aquellos primeros años, las palabras nombraban a Dios, la iglesia y sus santos, mi familia, mis amigos, mi casa, las formas naturales y artificiales, algunos lugares y los números, esos signos temibles con los que es posible explicar hasta la nada. El maestro –de bigotes, anteojos y cabello ralo- los escribía con fluida rapidez en el pizarrón, y siempre había que copiarlos para resolver algo, como con cuántas manzanas se quedaría Pedrito después de repartir generosamente algunas entre sus amigos, o cuántos panes harían falta para alimentar a los comensales de Juancito. Mis cuadernos de esos primeros años de clases tenían tantos ceros y males que parecían necesitar un exorcismo. Sólo cambiaba mi ánimo cuando el maestro

decidía mudarnos de asientos con la intención de premiar a los buenos y castigar a los malos; me ilusionaba con la idea de estar más cerca del pizarrón y a escasos metros de esos números que se me resistían como animales huraños. Lamentablemente, sólo los díscolos se ganaban el derecho de estar más cerca del frente de la clase. Continuaba mi calvario, y a pesar de que conocía los rudimentos de las operaciones matemáticas, mis resultados no coincidían con los simples y gráficos que debían deducirse del pizarrón, lo mío eran abstracciones que confundían la cantidad de naranjas que había en una canasta o la cantidad de alfalfa que necesitaba Raulito para darle de comer a sus caballos. Mis créditos de aquellos años pasaban por otro lado, porque tenía buena conducta y porque aprendía religión como un monaguillo aplicado. El padre Catequista me distinguía con atenciones que obviaban la aritmética y cualquier combinación numérica, porque para ese sacerdote la fe era la primera de las ecuaciones y mi piedad en las misas diarias le bastaba. Mi mamá, en cambio, comenzaba a hartarse de mis aplazos. En las charlas con mis tías, que yo escuchaba escondido detrás de las puertas, se quejaba de mi confusa relación con los números: “Este chico sabe sumar y restar, pero no sé por qué suma y resta números tan estrafalarios”. Ya se había muerto mi papá y ella sola tenía que cruzar los pasillos masculinos de la escuela para hablar con mis maestros. Alguna vez llevándome de la mano después de salir de clases, se rió con alivio porque en todo ese tiempo no le habían dado ganas de hacer pis: “En tu colegio tendría que hacerme encima, porque no hay ni por un asomo un baño para damas”. Yo la miraba y sufría porque no sabía explicarle mi problema con la luz y las

distancias, no podía discernir si el aula era demasiado grande o si la luminosidad era escasa, menos aún entendía por qué el pizarrón estaba poblado de fantasmas. Mi mamá parecía resignada a que, en última instancia, me convirtiera en un burro con sotana.

Así y como pude llegué al quinto grado. Tenía a Dios y a su Hijo de mi lado, pero las multiplicaciones y las divisiones me condenaban. En el verano de mis diez años aprendí caligrafía con el padre Catequista bajo la consigna de que la letra modela el carácter. El buen cura pretendía que ganara otros premios además de los que obtenía regularmente en los certámenes de catecismo. Mi mamá estaba por casarse nuevamente y quien sería mi nuevo papá me observaba. Eses hombre, a quien debo el amor por los libros y la música, que era socialista y ateo "a Dios gracias" (según sus palabras), comprobó que en realidad no me llevaba mal con los números en abstracto y le propuso a mi mamá la solución mágica: "Este nene necesita anteojos". El oculista, un poco después, agregó: "como el pan de cada día".

Las gafas le pusieron luz a todas las cosas que veía, me dieron la dimensión exacta de los objetos y su distancia, y me brindaron el primer sentido de la palabra nitidez. El pizarrón comenzó a mostrarme números diáfanos y desde entonces pude reprocharles genuinamente que no me sirvieran para nada.

PARA QUÉ QUERÉS ALGO TAN MONSTRUOSO

Para qué querés algo tan monstruoso, me dijo mi mamá cuando me vio pegado a la vidriera con las manos como anteojeras. La calle Florida era un hormiguero febril y no había tiempo para detenerse ante los escaparates majestuosos. Salíamos de Harrod´s, donde mi mamá trabajaba una buena parte del día, y caminábamos por la peatonal hasta la frontera donde Florida se convierte en Perú y comienza el sur. El centro quedaba atrás como un sueño, se diluía como una fantasía de Walt Disney, y nosotros regresábamos al viejo San Telmo remontando las calles estrechas, esquivando a los vecinos y sus sillas estacionadas en las veredas. Era un tiempo en el que me faltaban las palabras para explicar lo que sentía; no sabía que un te quiero más que a nada ni a nadie en el mundo era todo lo que esa mujer aún joven y bonita esperaba que le dijera. Tal vez era eso lo que quería decir cuando le preguntaba ¿vos nunca te vas a morir, mamá? Ella sonreía y me decía que no, y cerraba los ojos negros y se sonrojaba como una quinceañera. ¿Por qué me quedaba la sensación de que se ponía colorada porque me estaba mintiendo? A los ocho años uno no entiende que las madres son tan mortales como cualquiera. Había perdido a mi papá y sólo le quedábamos mi her-

mana y yo para hacerle frente a la soledad. Hasta que un día necesitó compartir su soledad y se volvió a casar. Nos mudamos de San Telmo a un departamento en Corrientes y Dorrego, y muy a regañadientes empecé a comprender que estaba haciendo su vida, aunque me dejara afuera de ella. Pronto yo también necesité hacer mi propia vida, y amigos y noviecitas de adolescente empezaron a ocupar todo mi tiempo. Y a pesar de que jamás dijo que era mi amiga, siempre estaba allí, atenta para explicarme las cosas que iba descubriendo con mi nuevo cuerpo. Aún conservo su única carta manuscrita que me escribió cuando llegó tarde para despedirme en mi viaje de egresados. Son unas pocas líneas donde me habla de lo maravilloso e inexplicable de la juventud que estaba concluyendo; termina diciendo que me quiso, me quiere y me querrá por siempre, simplemente porque ella es mi mamá.

Nunca más volvimos a mencionar el objeto de la calle Florida, ni siquiera en sus últimos días, cuando se sentaba en su lecho de enferma y me pedía que le hablara hasta que se durmiera. Vení, sentate, no te asustes, me decía aún temblorosa, después de recibir las inyecciones que le agitaban hasta el último cabello, contame de esa noviecita que te buscaste tan lejos. Y yo le contaba de Alicia mientras la veía frágil y consumida, aguantándose el dolor que la carcomía como un animal siniestro. Era agosto y en agosto algunas cosas se tornan grises y lastimeras; los árboles ya no tiene hojas y el viento es frío y apático. Agosto es un mes que no tiene consuelo.

El día de su muerte, mi hermana tuvo que comprarme ropa decente para las exequias. Yo había terminado el servicio militar y no tenía dinero. Desencajado, la encontré en la puerta del Sheraton

donde trabajaba. Sin hablar, arrasados por una pena que lastimaba como un hierro ardiente y que nos convertía en huérfanos, subimos por plaza Francia hasta Florida. ¿Querés ir a Harrod´s?, me preguntó sin darme tiempo a reaccionar. Mi mamá hacía mucho que había dejado de trabajar en esa tienda y la calle peatonal había perdido el encanto de otros tiempos. Era inevitable que pasáramos por el escaparate donde relucía el objeto, y cuando me di cuenta ahí estaba, impecable y soberbio como un cielo de enero, pero no tuve la valentía suficiente para aferrarme otra vez al vidrio reluciente y mirarlo con detenimiento. Ya no tenía edad para pegarme a una vidriera, además mi mamá estaba muerta y no podía seguir pensando que me había mentido con la ilusión de que nunca moriría. Lo inalcanzable de ese objeto –su monstruosidad tenía que ver con lo que costaba- y la inmortalidad de las madres eran quimeras que tenía que ir aprendiendo a diferenciar de la realidad. Le pregunté a mi hermana si creía que alguna vez podría comprarme uno de esos y tuvo una reacción parecida a la de nuestra mamá: Para que querés algo tan inútil, dejate de pavadas. Creo que fue ese día que me prometí que aquello iba a ser mío, y esa promesa –ahora lo entiendo-, era un sueño que alguna vez renacería con todas sus fuerzas.

Los años pasaron como un destello y se convirtieron en una enormidad de recuerdos. Mi hermana también murió y aunque ahora tenía una familia con esposa e hijos, sentí que mi soledad se hacía completa. La sangre de ayer se perdía irremediablemente en esa montaña de recuerdos.

Se me hizo difícil buscar un destino, porque antes tuve que probar fracasos y dolores desconocidos. Lentamente fui perdiendo

la fe de mi juventud y también me quedé sin Dios y sin consuelo. Sin embargo la llama de la vieja ilusión aún permanecía encendida en mi corazón.

ÚLTIMO DESTINO

Un hondo resplandor anuncia la mañana. En breve el universo estará despierto y ya no tendré tiempo para terminar mi cuento. Cierro mi cuaderno y me dispongo a recibir el día. Y como vivo a la vera de una alcantarilla, en una barraca sin comodidades, las corrientes de aguas servidas me dicen que los baños y las cocinas de la ciudad empezaron a prestar servicio. Me alisto para salir al aire libre; me calzo una casaca con remiendos, pantalones descocidos, un gorro con agujeros y guantes sin dedos. Me uno a la multitud y voy en busca de la única comida del día. Los desafortunados podemos vagar hasta el mediodía; después de las doce, estamos obligados a permanecer juntos para el interrogatorio de rigor:

¿Para qué sirven los libros?

¿Qué es un escritor?

¿Cómo se vence la tentación de escribir?

Las respuestas correctas son: para nada, un inútil, y mirando la televisión pública. El que titubea o se equivoca pierde su ración diaria de comida; quien confiesa que volvió a escribir es trasladado a un campo de castigo.

Ese día me decido: obviaré las respuestas y confesaré que estoy escribiendo un cuento en un cuaderno grasiento. Cuando lo

hago mis compañeros se tapan el rostro, aunque no sé si lo hacen por miedo o por vergüenza.

Me suben a un camión cerrado y me llevan a mi inevitable destino. Me advierten, quizás con ironía, que la sentencia me la darán por escrito.

Cuando desciendo veo un paraíso: árboles coloridos, césped verde y amarillo, un río cristalino, una cascada y pintorescas casitas blancas. Me meten en una de ellas y cierran la puerta con doble llave. Adentro está iluminado y tibio, hay cientos de libros bien encuadernados alineados en estantes limpios; una gran mesa de madera con papeles en blanco y una docena de lápices completan el ambiente que me recibe. Me siento confundido; podré escribir todo lo que quiera, cuando quiera y sin ningún temor. Sin embargo, noto que no hay alimentos ni agua, y que afuera todo está quieto y en silencio, como si se tratara de un gran cementerio.

Oigo unos pasos y veo un sobre que se desliza por debajo de la puerta, lo abro y leo la sentencia: “De ahora en más tendrá que vivir de lo que escriba”.